

— El debate entre inmanencia y trascendencia también concierne otro verbo que en el poema está destinado a definir la identidad de aquel que *acaba de*: se trata del verbo *venir* que aparece tres veces en el texto.

Las primeras dos veces aparece conjugado en aspecto infecto o inmanente, y en los dos tiempos antagónicos del modo indicativo: el futuro categórico, *el que vendrá*, y el pretérito perfecto, *el que vino*. *El que vendrá* designa a un ser cuya venida ha de desarrollarse entre sus límites internos de comienzo y conclusión, en una época cuyo desenvolvimiento parte del presente pero es ajeno al presente. *El que vino* designa a un ser cuya venida tuvo efectivamente lugar, dentro de sus límites de comienzo y conclusión, en un lapso de tiempo pasado, cuyo desenvolvimiento se verificó completamente: el cumplimiento remoto de la venida es también totalmente ajeno al presente.

Las dos construcciones inmanentes evocan, pues, una venida total y doblemente inactual y cuya inactualidad llena de vacío y desesperación el momento presente.

La tercera aparición textual del verbo *venir* se construye en aspecto trascendente, en perfecto. El sintagma *haber venido* declara el resultado presente de una venida anteriormente llevada a cabo, y cuyo carácter acabado actual es el que ahora se tiene en cuenta. El actor o sujeto del acontecimiento *venir*, habiendo cumplido el proceso, se encuentra en situación de disyunción frente a la operación *venir*. Pero la sintaxis del último verso del poema niega y borra definitivamente el cumplimiento de la venida, el advenimiento de la tercera persona:

Acaba de pasar *sin haber venido*.

En su sentido más corriente, el verbo *pasar* implica el verbo *venir*: en efecto, el proceso *pasar* expresa un movimiento continuo en el que un *venir* se va convirtiendo progresivamente en un *irse yendo*. La preposición *sin* le quita pues al verbo *pasar* una de sus implicaciones semánticas: ahora bien, nadie puede pasar sin haber venido para seguir yéndose, y el último verso propone una conclusión dramáticamente absurda, así como el primero proponía una apertura igualmente inconcebible. Todo cambia si se opera una disyunción entre *pasar* y *venir*, disyunción semántica que permite la coincidencia insólita, inaudita del triple *acaba de* y de los tres sintagmas: *el que vendrá*, *el que vino*, *sin haber venido*. La disyunción, ya anunciada en el análisis de la persona, consiste en atribuirles a los dos sintagmas *el que vendrá*/*el que vino* el estatuto de nombre propio, conjugado en futuro y pasado, de la tercera persona, y el estatuto habitual de nombre de un proceso verbal al último *haber venido*.

Nos encontramos otra vez frente a la disyuntiva construida por el enfrentamiento personal:

— la tercera persona, objeto del discurso de la primera, no coincide en nada con la primera, y le es totalmente ajena, a pesar de la progresiva simpatía (en sentido etimológico) que le induce a la primera a sufrir lo que sufre la tercera: distinta de la primera persona, la tercera es un ser que efectivamente *vino en un asno*, cuya venida sigue prometiéndose (*el que vendrá*) pero cuyo advenimiento nunca se cumplió, ya que su remoto venir no fue más que un pasar:

Acaba de pasar *sin haber venido*.

— la tercera persona, objeto del discurso de la primera, coincide parcialmente con

la primera, la cual, cuando está hablando de sí, también es objeto de su discurso. La tercera persona, proyección y objetivación de la primera en cuanto propio objeto de su propio discurso, representa pues a un ser que ya existe (*el que vino*, pero ¿cómo explicar entonces que *vino en un asno?*), y cuya existencia llegará a cumplirse totalmente cuando se haya instalado en la tercera fase del desarrollo de la primera, y la haya sustituido completamente. Mientras no se haya verificado la sustitución, la tercera persona no se manifiesta sino de paso, y otra vez sólo pasa, pero sin haber venido todavía.

En la primera hipótesis, el no haber venido se resuelve en frustración de una esperanza definitivamente defraudada; en la segunda, el no haber venido todavía la tercera persona, no es más que un plazo que a la primera persona se le otorga, pero con la certidumbre desesperada de que un día fatal se han de cumplir el advenimiento de la tercera persona y la mortal coincidencia entre el estado «activo» de la voz poética, expresado por medio de la primera persona, y su estado definitivamente «pasivo» expresado por medio de la tercera persona gramatical. En ambos casos, no hay coincidencia y la disyunción sigue manifestándose a todos los niveles del texto.

Ésta viene explícitamente expresada en la segunda estrofa del poema, en un dístico que hace la suma de cuantas disyunciones acabamos de poner de relieve:

*Acaba de sentarse más acá,
a un cuerpo de distancia de mi alma,*

La falta de contemporaneidad que caracterizaba la asociación entre las siete operaciones (ya llevadas a cabo, o por terminar) a cargo de la tercera persona, y su definición como ser venidero, remotamente venido, pero no actual, se convierte aquí en imposible coincidencia espacial entre el alma de la primera persona y el ser de la tercera, midiendo entre ambas la frontera de un cuerpo. De haber podido sentarse — de haber llegado a sentarse *el que vino* en el alma del Yo, todo fuera diferente, y se cumpliera la doble promesa, esperanzada y mortal. Y tanto más cuanto que el semantema *sentarse* cobra en el discurso vallejiano un valor general de descanso anhelado, de reposo eterno y de bienestar, de un estarse por fin cómoda, psíquica y físicamente, que rebasa el sentido restringido de *tomar un asiento* o el más amplio de *instalarse*:

Un pedazo de pan, ¿tampoco habrá ahora para mí?
Ya no más he de ser lo que siempre he de ser,
pero dadme |
una piedra en que sentarme,
pero dadme
por favor, un pedazo de pan en que sentarme,
pero dadme,
en español
algo, en fin, de beber, de comer, de vivir, de reposarse,
y después me iré...

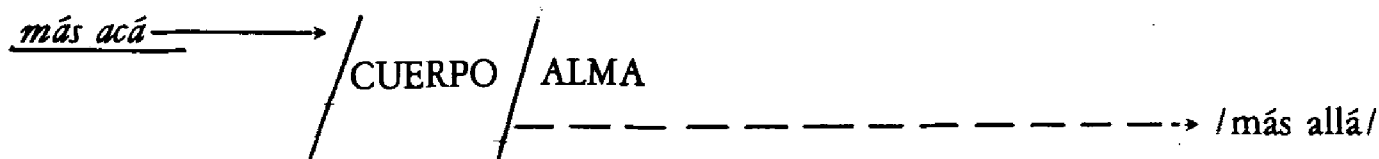
(«Rueda del hambriento»)

Obsérvese que cuando se nombra el reposo definitivo de la saciedad física y metafísica, el verbo, aunque remite a la primera persona, se conjuga en tercera persona, cobrando así un valor general: *dadME... algo de reposarSE*.

Por otra parte, el deíctico *más acá* se sitúa en el filo de dos tensiones contrarias que reproducen las tensiones textuales que forman la arquitectura del poema. Antes que

todo, *más acá* designa un movimiento centrípeto, un acercarse progresivo al «centro» constituido por la persona que habla y que así viene a ser el *terminus ad quem* de la tercera. Pero el deíctico implica inmediatamente su contrario, o mejor dicho el movimiento centrífugo que lleva al *más allá* y hace de la persona que habla el *terminus a quo*. Lo que en el poema hace surgir con toda evidencia el significado plenamente inmanente del deíctico es la disyunción cuerpo/alma: la materialidad del cuerpo es la que le prohíbe al proscrito sentarse en el alma de la primera persona, y fusionarse con ella. Si no midiera entre la tercera persona y la primera el cuerpo de ésta, si coincidieran ambos seres, se daría completamente el paso de la inmanencia a la trascendencia, ora remitan a dos seres distintos las personas del poema, ora no sean más que un mismo ser único.

Está la clave del poema en este *sentarse a un cuerpo de distancia de mi alma*, expresión que parece entrar en relación de sinonimia o más bien de equivalencia con el verbo *pasar*, mientras que el hipotético + *sentarse en mi alma* hubiera entrado en relación de equivalencia con el *haber venido* final. El poema entero construye pues la radical oposición semántica entre *pasar* y *haber venido*, y nos obliga a rechazar la implicación: *no puede pasar alguien que no haya venido* que evocábamos anteriormente. El *sentarse* el proscrito *a un cuerpo de distancia de mi alma* no denota pero sí significa lo mismo que *Acaba de pasar sin haber venido*. Sólo la identificación completa del proscrito con el Yo podría permitir por fin el advenimiento de la trascendencia, bajo todas sus formas, y esencialmente su forma lingüística de aspecto verbal perfecto plenamente afirmado: el + *ha venido*, constantemente negado por el poema, equivaldría a la encarnación del proscrito en el Yo, en cuya alma tomara asiento, instalándose en los límites de su propio cuerpo. El deíctico *más acá* y su contexto inmediato nombran directamente el debate inmanencia/trascendencia que construye la trama conflictual del poema, en torno a la disyunción estrófica central y a la disyunción *cuerpo/alma*:



En efecto, las tensiones intra-verbales entre un *ir acabando de* y un *haber acabado de*; las tensiones intra-personales dentro de un mismo ser, llamado *el que vendrá* y *el que vino sin haber venido*; la impresión simultánea de una desunión y de una coincidencia entre la primera persona y la tercera; la separación del alma y del cuerpo; la ambigüedad del *pasar* que implica semánticamente un *haber venido* y poéticamente se opone irreductiblemente al *haber venido*, y que tanto significa en el plano del espacio como en el plano del tiempo, toda la arquitectura lingüística y estrófica del texto prefigura otras disyunciones y otras disyuntivas, de tipo léxico y semántico, que hace falta analizar y exponer en las líneas que siguen.

IV.— Trabajo semiótico: las «palabras habitadas»

La poética de Vallejo lleva a cabo un trabajo semiótico complejo, cuya configuración no tanto ostenta significantes de contenido extraño y combinaciones heterogéneas, co-

mo el mismo funcionamiento del significante. Cada poema analiza a su modo cómo funciona el significante dentro de su contexto inmediato, y simultáneamente, como «islote» que «va quedando»¹⁰, desgajado del continente que lo engendró y del que sigue dando testimonio. Cada significante es portador de su sentido actual y de su sentido etimológico —léxico o poético—, y la trama del texto hace surgir, en un brote único y contradictorio o conflictual, ambos sentidos. Excusado es decir que el funcionamiento del significante, así concebido como todo autónomo y parte de un todo actual (el texto) y de cuantos «todos» pretéritos, de cuantos contextos remotos, su advenimiento puede convocar, es de extremada complejidad. Por otra parte, ningún poema vallejiano se deja reducir al descubrimiento —útil pero insuficiente— de los étimos literarios, poéticos o lingüísticos que él implica y trasciende a la vez.

— Dentro de su contexto inmediato, el significante aparece cargado de su contenido léxico más corriente que le confiere autonomía semántica y estatuto de «todo» semiótico. Pero, al mismo tiempo, adquiere al contacto de las palabras y las estructuras del contexto, y sobre todo de aquellas que parecen entrar en conflicto con él, un poder connotativo nuevo, que le enriquece restándole autonomía y convirtiéndole en «parte» del significante poético global. Buen ejemplo de ello es el breve paradigma formado en el poema por los significantes: *asno*, *animal*, *cola*, *infame paquidermo*, de perfecta coherencia semántica interna, ya que la serie forma un todo léxico innegable y evidente. Menos evidente es la relación con el contexto:

- *acaba de sentarse más acá... el que vino en un asno a enflaquecerme;*
- *acaba de darme... el pronombre inmenso que el animal crio bajo su cola;*
- *acaba de hacer al bien los honores que le tocan, en virtud del infame paquidermo...*

Sabiendo hasta qué punto es de férrea coherencia y lucidez (y en absoluto «absurda», como ha venido repitiendo cierto tipo de crítica) la poética vallejiana, me parece imprescindible apostar que la incomprensión de los textos de Vallejo se debe achacar siempre a la ignorancia o a la incompetencia del crítico o del lector, y no a una supuesta fantasía caótica o a un supuesto «superrealismo» del poeta.

Sabiendo también que la poética vallejiana es el producto y a la vez el motor de una constante interrogación sobre el funcionamiento del lenguaje y teniendo en cuenta cuanto se ha podido observar hasta aquí en el poema, me parece que aquello de que trata el texto, es de la *función general del nombre*, común o propio, y de su aptitud para designar y significar. Ahora bien, si se sigue atendiendo a la sola coherencia interna, inmanente, del poema, los tres nombres *asno*, *animal* y *paquidermo* se presentan en sintagmas perfectamente «definidos» o determinados: *el que vino en un asno*, *que el animal crio bajo su cola*, *en virtud del infame paquidermo*.

Esos tres nombres comunes, si bien imponen una imagen (precisa en el caso de *asno*, completamente abstracta en el caso de *animal*, o plural y diversificada en el de *paquidermo*, rinoceronte, cocodrilo, elefante o hipopótamo, por ejemplo), también imponen la convicción de que no se trata de cualquier animal, ni de cualquier asno, ni de un paquidermo cualquiera. Por otra parte, se impone, cada vez más fuerte, la certi-

¹⁰ Cf. Trilce I y su comentario en *Co-Textes*, n.º 10.